

Vigencia de un escrito

Ignacio Valente

Cuando Couve dejó los pinceles por la pluma, se podía dudar del provecho de aquel trueque, no sólo por lo abrupto del cambio de lenguaje expresivo, sino también porque a sus primeros textos, siendo tan delicados, les faltaba todavía fuerza.

Pero el tesón literario del ex pintor fue tan constante a lo largo de treinta y tres años, como ascendente fue su talento. Y así nos dejó una decena de novelas o nouvelles que, desde Alamiro hasta La comedia del arte, constituyen un capítulo aparte en nuestra narrativa, al margen de generaciones, escuelas y modas.

Como es natural a tan poca distancia de su muerte, el paso de los años deberá acrisolar todavía la substancia duradera de su obra; pero se diría que ella produce un interés creciente entre los estudiosos, y que su fama se

consolida. Esa obsesión de Couve por la prosa perfecta de sus miniaturas, que en su día llegó a parecer extemporánea (eran los tiempos de la prosa «desescrita», del «estilo retahíla», del lenguaje fluvial), hoy nos resulta, por contraste, más apreciable y, en muchos casos, más resistente al tiempo.

A la vez, esa frágil humanidad de sus caracteres, su patetismo en sordina, su ligera tristeza, se nos imponen más y más cuanto más escasa y singular resulta hoy aquella «cortesía» formal del autor para dibujarles un gesto aquí, un dislate allá, una variación más acá.

Se puede amar o no a los personajes - el asunto es muy complejo -, pero tenerles respeto, tratarlos como creador con buenas maneras fue un privilegio muy personal (y ejemplar) de Couve.

La mediocridad del

pintor Camondo, el aire pequeño-burgués del señor Balande, el deterioro de la anciana Margarita, el suave enigma de sus personajes infantiles nos dan la impresión de ir revestidos por el autor con el lujo de una prosa tanto más depurada, cuanto más desnudos van por la vida esos seres mínimos, esas pasajeras sombras de la condición humana.

Adolfo Couve nació distinto, pintó distinto, escribió distinto. Esta obviedad puede decirse de cualquier persona, pero el lector sabrá entenderla en el sentido enfático que corresponde a nuestro autor.

Él no hizo nada por diferenciarse, y por eso mismo fue tan diferente, tan ex-céntrico - al pie de la letra -, tan dotado de esos talentos que proceden de un cierto desajuste con el mundo. No puede decirse que no fuera un

hombre de su tiempo, pero algo - algo muy íntimo en él - no calzaba con su siglo. Tampoco cabe dudar de su chilenuidad, pero él pertenecía a otro lugar, a ése que, por supuesto, no queda en ninguna parte.

Este sutil desfase de espacio y tiempo, esta ligera u-topía y u-cronía de su ser, se revela muy hondamente en su narrativa.

En efecto, su escritura andaba más cerca del siglo XIX francés - siendo Flaubert una mención obligada - que de su época. Hasta donde podemos decir cosas así, escribió como si Proust no hubiera explorado las fronteras de la memoria, ni Joyce la corriente de conciencia, ni Kafka la opacidad del mundo y del lenguaje, ni Faulkner la ruptura de tiempo y espacio, ni Camus el sinsentido, ni Borges los laberintos de la cultura, ni... etc. Pre-

firió una curiosa intemporalidad. A la vez fue un escritor bien chileno, pero no habló el dialecto de su tribu, ni lo rozó visiblemente la historia del país.

El relato era para él - digámoslo con términos escasamente contemporáneos - una obra de arte, que debía alcanzar esa perfección llamada belleza.

Sus personajes, que podríamos encontrarlos por la calle - en Santiago, París o Cartagena - tienen también cierta inactualidad. Sus peripecias, sus circunstancias, sus conflictos, pueden ser los nuestros, los del hombre de la calle, pero a título más bien intemporal - nuestra común condición humana -, y no como emblemáticos del «hombre del siglo XX» o nada parecido.

¿De dónde salen estos seres, tocados ellos mismos por cierta melancolía y por un dejo de excentricidad? Ellos

brotan del corazón de Couve, y por eso a menudo nos emocionan dentro de su trivialidad, o al menos cotidianidad.

Tal vez el estar Couve siempre tan al margen de escuelas, tendencias y modas lo ha hecho más perdurable a los embates del tiempo, y por eso mismo más sólido y más digno de ser leído, sobre todo en el caso de sus mejores obras, que a mí me siguen pareciendo El picadero, La lección de pintura y La comedia del arte.

Vigencia de un escrito [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vigencia de un escrito [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile